



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 28 de junio 2000*

### ***La gloria de la Trinidad en la Jerusalén celestial***

1. "Mientras la Iglesia peregrina en este mundo lejos de su Señor, se considera como desterrada, de manera que busca y medita gustosamente las cosas de arriba. Allí está sentado Cristo a la derecha de Dios; allí está escondida la vida de la Iglesia junto con Cristo en Dios hasta que se manifieste llena de gloria en compañía de su Esposo" (*Lumen gentium*, 6). Estas palabras del concilio Vaticano II señalan el itinerario de la Iglesia, que sabe que no tiene "aquí ciudad permanente", sino que "anda buscando la del futuro" (*Hb* 13, 14), la Jerusalén celestial, "la ciudad del Dios vivo" (*Hb* 12, 22).

2. Una vez que hayamos llegado a la meta última de la historia, como anuncia san Pablo, no veremos ya "en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. (...) Entonces conoceré como soy conocido" (*1 Co* 13, 12). Y san Juan repite que "cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es" (*1 Jn* 3, 2).

Así pues, más allá de la frontera de la historia, nos espera la epifanía luminosa y plena de la Trinidad. En la nueva creación Dios nos regalará la comunión perfecta e íntima con él, que el cuarto evangelio llama "la vida eterna", fuente de un "conocimiento" que en el lenguaje bíblico es comunión de amor. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (*Jn* 17, 3).

3. La resurrección de Cristo inaugura este horizonte de luz que ya el primer Testamento canta como reino de paz y alegría, en el que "el Señor eliminará a la muerte definitivamente y enjugará las lágrimas de todos los rostros" (*Is* 25, 8). Entonces, finalmente, "la misericordia y la fidelidad se

encontrarán, la justicia y la paz se besarán" (*Sal* 85, 11). Pero son sobre todo las últimas páginas de la Biblia, es decir, la gloriosa visión conclusiva del Apocalipsis, las que nos revelan la ciudad que es meta última de nuestra peregrinación, la Jerusalén celestial.

Allí encontraremos ante todo al Padre, "el alfa y la omega, el principio y el fin" de toda la creación (*Ap* 21, 6). Él se manifestará plenamente como el Emmanuel, el Dios que mora con la humanidad, eliminando las lágrimas y el luto y renovando todas las cosas (cf. *Ap* 21, 3-5). Pero en el centro de esa ciudad se alzarán también el Cordero, Cristo, al que la Iglesia está unida con un vínculo nupcial. De él recibe la luz de la gloria, con él está íntimamente unida, ya no mediante un templo, sino de modo directo y total (cf. *Ap* 21, 9. 22. 23). Hacia esa ciudad nos impulsa el Espíritu Santo. Es él quien sostiene el diálogo de amor de los elegidos con Cristo: "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!" (*Ap*, 22, 17).

4. Hacia esa plena manifestación de la gloria de la Trinidad se dirige nuestra mirada, rebasando los límites de nuestra condición humana, superando el peso de nuestra miseria y de la culpabilidad que penetran nuestra existencia terrena. Para ese encuentro imploramos diariamente la gracia de una continua purificación, conscientes de que en la Jerusalén celestial "no entrará nada impuro, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero" (*Ap* 21, 27). Como enseña el concilio Vaticano II, la liturgia que celebramos durante nuestra vida es casi un "pregustar" esa luz, esa contemplación, ese amor perfecto: "En la liturgia terrena pregustamos y participamos en la liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero" (*Sacrosanctum Concilium*, 8).

Por eso, ahora nos dirigimos a Cristo para que, por el Espíritu Santo, nos ayude a presentarnos puros ante el Padre. Es lo que nos invita a hacer Simeón Metafraste en una oración que la liturgia de las Iglesias orientales propone a los fieles: "Tú, que, por la venida del Espíritu Santo consolador, de tus discípulos santos has hecho vasos de honor, haz de mí una morada digna de su venida. Tú, que debes venir de nuevo a juzgar al mundo entero con toda justicia, permíteme también a mí venir ante ti, mi Juez y mi Creador, con todos tus santos, para alabarte y cantarte eternamente, con tu Padre eterno y con tu santísimo, bueno y vivificante Espíritu, ahora y siempre" (*Oraciones para la comunión*).

5. Juntamente con nosotros, "la creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios (...) y espera ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (*Rm* 8, 19-21). El Apocalipsis nos anuncia "un cielo nuevo y una tierra nueva", porque el cielo y la tierra anteriores desaparecerán (cf. *Ap* 21, 1). Y san Pedro, en su segunda carta, recurre a imágenes apocalípticas tradicionales para reafirmar el mismo concepto: "Los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán. Pero nosotros, confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva,

en que habite la justicia" (2 P 3, 12-13).

Mientras espera la armonía y la plena alabanza, toda la creación debe entonar ya desde ahora, juntamente con el hombre, un cántico de alegría y esperanza. Hagámoslo también nosotros, con las palabras de un himno del siglo III, descubierto en Egipto: "Ni por la mañana ni por la tarde callen todas las admirables obras creadas por Dios. No callen tampoco los astros luminosos ni las altas montañas ni los abismos del mar ni los manantiales de los rápidos ríos, mientras nosotros cantamos en nuestros himnos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Todos los ángeles de los cielos respondan: Amén, Amén, Amén" (Texto editado por A. Gastoné en *La Tribune de saint Gervais*, septiembre-octubre de 1922).

## LLAMAMIENTO EN FAVOR DE LOS CRISTIANOS DE LA INDIA Y DE INDONESIA

No se aplaca, por desgracia, la ola de desórdenes de carácter étnico-religioso, que desde enero de 1999 azota el archipiélago indonesio de las Molucas. Los repetidos y sangrientos ataques armados de extremistas musulmanes contra aldeas cristianas están causando numerosísimas víctimas e incontables daños.

Noticias igualmente preocupantes llegan de la India, donde últimamente se han producido múltiples agresiones contra las comunidades cristianas y las demás minorías, "las más graves –han declarado los obispos indios– desde la independencia del país".

Renuevo mi apremiante llamamiento para que cese esa violencia cruel. Espero que cuantos la llevan a cabo o la instigan comprendan que no se puede matar y destruir en nombre de la religión ni manipularla según sus propios intereses. A las autoridades les pido que actúen con firmeza para que la situación mejore; a todos, que renuncien al odio y trabajen incansablemente por el restablecimiento de la armonía religiosa, con respeto y amor recíproco. A vosotros, aquí presentes, os invito a orar con fe por estas intenciones.

### Saludos

Deseo saludar a los peregrinos de lengua española, en particular a las chicas bolivianas procedentes de Santa Cruz de la Sierra, y también a los asociaciones y grupos parroquiales y escolares venidos de España, Puerto Rico, Colombia, Paraguay, Perú y de otros países latinoamericanos. Que el Espíritu Santo renueve vuestras vidas para el encuentro definitivo que un día tendremos con la santísima Trinidad.

*(A los fieles checos)*

Queridos hermanos, os deseo de corazón que la solemnidad de san Pedro y san Pablo fortalezca aún más vuestra adhesión a Cristo y vuestro compromiso de testimonio evangélico.

*(A los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados)*

Mañana celebraremos la fiesta de san Pedro y san Pablo. Que su ejemplo y su constante protección os sostengan a vosotros, queridos *jóvenes*, en vuestro esfuerzo por seguir a Cristo; os ayuden a vosotros, queridos *enfermos*, a vivir con paciencia y serenidad vuestra situación; y os impulsen a vosotros, queridos *recién casados*, a testimoniar en vuestra familia vuestra adhesión valiente a las enseñanzas evangélicas.